

## RECENSIONES

General BEAUFRE: *La OTAN y Europa*, traducción de CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA y LUIS GARCÍA ARIAS. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1971.

El escritor militar es un auténtico «promotor» de ideas, conceptos y sugerencias sobre la amplia problemática de lo bélico, gracias al cual la información relacionada con la temática militar se extiende por todos los campos del saber, contribuyendo al criterio y a la formación cultural de los profesionales de la milicia, así como de las personas dedicadas a otras actividades.

Pero el escritor al cual se le agrega el adjetivo de «militar» tiene unos matices diferentes con el novelista, dramaturgo, etc., muy acusados, ya que cabe decir que su *curriculum vitae* viene a confirmar y rubricar todas las ideas por él expresadas en los textos, que parece precisan de una experiencia teórica o práctica sobre los temas que desarrolla, en contraste con otros escritores, en los que su vida privada no suele mantener relación con la línea argumental de sus obras.

Baltasar Gracián señalaba como cualidades esenciales en todo escritor: «Sutileza en el pensar, elegancia en el decir, artificio en el descubrir y profundidad en el declarar.» Si a éstas añadimos: *conocimientos profesionales y experiencia* sobre el tema, redondearemos los atributos del escritor militar.

Y en pocas ocasiones encontramos que encaje tan perfectamente este calificativo como en el caso del general André Beaufre, cuyas experiencias militares se han ido reflejando sucesivamente en obras, artículos y conferencias. Durante el último año de la segunda guerra mundial fue jefe de Operaciones del Estado Mayor del Primer Cuerpo de Ejército Francés, a las órdenes del general De Lattre de Tassigny, y también lo estaría posteriormente en 1948 cuando le fue confiado al general De Lattre el mando de las fuerzas terrestres de la Unión Occidental, cuyo Cuartel General se encontraba en Fontainebleau.

Esta etapa de pre nacimiento de la OTAN es singularmente interesante y es descrita en la obra que comentamos con toda la profundidad de conocimientos que proporcionaba el destacado puesto que el autor ocupaba.

Cuando la OTAN toma cuerpo el 4 de abril de 1949, ya llevaba un año funcionando la Unión Occidental y considerando los múltiples e intrincados problemas que presentan las alianzas militares.

Después se suceden destinos en unidades de combate, como la Segunda División de Infantería Mecanizada, el mando de una zona de operaciones en Argelia (1955) y la expedición a Suez de 1956, en la que era el jefe del Cuerpo de Ejército francés.

Y de nuevo cargos del más alto nivel, del que el general Beaufre ya no había de descender, tales como jefe de Estado Mayor adjunto del SHAPE en 1958 y jefe de la delegación francesa en el Grupo Permanente Nord-Atlántico en Washington en 1960. Su pase a retiro, con carácter voluntario, en el año 1961 le ha permitido sosegar su espíritu y realizar una fecunda labor de publicista, entre la que destaca su trilogía estratégica *Introducción a la estrategia* (1963), *Disuasión y estrategia* (1964) y *Estrategia de la acción* (1966) (Lib. Armand Colin, París). Las tres han sido traducidas al español por Carmen Martín de la Escalera y Luis García Arias, habiendo sido editadas las dos primeras por el Instituto de Estudios Políticos (Madrid, 1965 y 1966), encontrándose en prensa la tercera.

Desde el amplio observatorio que es su actual cargo de director del Instituto Francés de Estudios Estratégicos, continúa sus trabajos de investigación en el campo de la «estrategia total», uno de cuyos frutos es la interesante obra que estamos considerando.

En *La OTAN y Europa* preconiza Beaufre que el verdadero problema de la Alianza es el de Europa. Hay que «hacer Europa» a impulsos de la Organización Atlántica, y para ello analiza, hábil y profundamente, el pasado, refiriéndose al nacimiento de la OTAN, tras un prólogo de la Unión Occidental, la estructura de la Organización y después la evolución estratégica experimentada al correr de los años desde 1949, puesto que, siendo la eficacia militar el fin último de la Organización Atlántica para la defensa del mundo libre, y estando esta eficacia condicionada a la implantación de la estrategia más adecuada a la situación, es lógico que hayan sido varias las modificaciones estratégicas adoptadas, en función de los cambios de la situación geobélica del mundo. Y con criterio cartesiano analiza la primera fase, que califica como «la defensa directa de Europa»; la segunda, «La defensa indirecta con la amenaza nuclear»; la posterior, «Estrategia de Kennedy: la disuasión absoluta», y una cuarta fase dedicada al estudio de «Las consecuencias de la estrategia de Kennedy», con la cual termina el análisis de los quince primeros años de la vida de la Organización.

Al considerar el futuro, estima que la reforma de la OTAN debe estar concebida como una primera etapa hacia Europa, destacando con sus ideas personales que la necesaria reforma de la OTAN debe hacer compatible el mantenimiento del potencial para la defensa de la Alianza, con la orientación europeísta y el mantenimiento de los Estados europeos actuales, hasta tanto que pueda iniciarse la unión política. Propugna por ello que en la Organización existan tres niveles: «El atlántico», con sede en Washington; «el europeo», con residencia en París, y a «nivel nacional», los comandantes en jefe de cada uno de los países miembros.

Nosotros consideramos que tanto en el orden militar como en las estructuras económicas (ampliación del Mercado Común, etc.), han de ser todavía bastantes las que han de constituirse en el futuro, dentro de la dirección general europeísta, concepto cada día más generalizado y admitido en todos los pueblos europeos, antes de que se den las circunstancias coyunturales que permitan la iniciación y consolidación de la unión política. La Historia nos muestra que los procesos integradores para lograr las nacionalidades europeas actuales—España, Francia, Alemania, Italia, etc.—han ocupado dilatados períodos de tiempo y han estado sometidos a múltiples y variados factores. La cristalización de estos Estados y los nacionalismos agudizados en los últimos cincuenta años con dos guerras en Europa de carácter muy generalizado, son un lógico freno para los que desean quemar etapas en la formación de Europa. Que Europa está en marcha es un hecho irreversible, y que la OTAN ha contribuido muy poderosamente a la iniciación del movimiento y al desarrollo económico adquirido por sus pueblos a la sombra de su escudo defensivo, es una realidad que no ofrece

## RECENSIONES

lugar a dudas. Pero hay dificultades profundas: ¿Cuál será la estructura política: Federación, Confederación, «Europa integrada», etc? Y otra no menos importante: los límites de Europa, ¿a quién nos referimos al hablar de Europa, sólo a los pueblos libres, o también pensamos en los del Este, en los «satélites» e incluso en Rusia y sus extensas repúblicas euroasiáticas?

Ante este sugestivo planteamiento las consideraciones de Beaufre sobre Europa son singularmente atractivas.

El Instituto de Estudios Políticos con la publicación de las obras de Beaufre está realizando una importante labor de información en los medios culturales, ya que esta cuidada traducción de Carmen Martín de la Escalera y de Luis García Arias, ha de adquirir gran difusión en los países de habla hispana. Ambos, profundos conocedores del pensamiento del general francés por haberle traducido sus principales publicaciones, son expertos en política internacional, no habiéndose limitado a realizar una fría traducción, sino que han sabido darle el matiz y la concepción exacta del autor, a la par que una diáfana y pulcra redacción.

En el prólogo, Luis García Arias señala que en el umbral de la década de los setenta, en que nos encontramos uno de los problemas de fondo existentes, es el actual interés de USA y URSS, debido a su actual situación de convergencia, en un arreglo equilibrado de los grandes problemas europeos con la participación de todos los Estados de nuestro viejo continente, que ha de ensanchar la visión no sólo hacia Occidente, sino también, después, hacia Oriente.

Es indudable que en la historia de las civilizaciones humanas encontramos claros jalones que nos muestran la positiva aportación de «lo militar» a esta continua evolución del hombre como ser sociable, que con las ideas filosóficas y las concepciones políticas, para adaptar las primeras al gobierno de los pueblos, son los tres principales motores que han movido la evolución sociológica de la Humanidad, que si bien ha mantenido esencialmente constantes sus funciones biológicas de nacimiento, desarrollo y muerte del ser humano, ha sabido hacerlas presidir por conceptos diferentes e incluso antagónicos, dando un sello peculiar a la fisonomía de cada uno de los pueblos, que desde la prehistoria han creado, extendido y apoyado alguna de las civilizaciones más típicas de nuestro universo, siendo diversas las ideas que presidían sus formas de vida, desde la concepción de Dios a los lazos que debían unir a la pareja hombre-mujer para satisfacer su amor y reproducir la especie.

En nuestro tiempo, también la aportación de lo militar, intensamente relacionado con lo político y lo social, sigue siendo factor decisivo, y por ello la exposición que Beaufre realiza en esta obra es de gran trascendencia, pues tiene el suficiente mensaje para hacer meditar sobre todos los problemas relacionados con el acto bélico al profesional de las armas, de la política, la economía, al filósofo y al gobernante y al estadista, es decir, a los hombres que más influyan en la dirección de la Humanidad.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

KIM IL SUNG: *Aceleremos la Revolución mundial...* Pyongyang, 1969, Corea del Norte, Ediciones en lenguas extranjeras, 290 pp.

La República Popular Democrática de Corea también evoca los principios puros del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario en su lucha antiimperialista y antiyanqui... Como fuente directa, esta obra señala el período del proceso revolucionario en la Corea del Norte desde el año 1948 a través de una serie de documentos, que permiten entrever la situación interior del país y su posición dentro del co-

munismo mundial, un tanto ambigua en sus manifestaciones para con el policentrismo entre Pekín y Moscú. Sin embargo, los norcoreanos no renuncian a contribuir, a su manera, a la implantación de la revolución mundial comunista.

La mayor parte de los documentos aborda los problemas mundiales: la situación internacional expuesta en el informe de balance sobre las actividades del CC, presentado ante el Segundo Congreso del Partido del Trabajo el 28 de marzo de 1948; se insiste en ser más fieles a los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, en el informe presentado en el Segundo Pleno del CC del Partido, el 15 de diciembre de 1949; se exalta la amistad y la solidaridad entre los pueblos de Corea y Cuba en la lucha contra el imperialismo yanqui en un discurso pronunciado por Kim Il Sung durante una recepción ofrecida en honor a la Delegación Económica de Cuba el 2 de diciembre de 1960; asimismo se hace referencia a las relaciones internacionales de Corea del Norte en un informe relativo a la actividad del CC del Partido ante el Cuarto Congreso del mismo el 11 de septiembre de 1961; el 23 de junio de 1964, Kim Il Sung pronuncia un discurso en el banquete ofrecido a las delegaciones que participaron en los trabajos del Seminario Económico de Asia, y el 19 de abril de 1965 contesta a las preguntas del director gerente de la agencia japonesa de noticias Kyodo, Kiyoshi Ywamoto; acto seguido, el 13 de septiembre de 1965, el líder norcoreano responde a las preguntas del redactor en jefe de las informaciones exteriores del periódico *Al Ajbar*, Saad El Taie, del redactor en jefe de la sección internacional de la Agencia Men y de otros periodistas de la RAU; también en un informe presentado el 5 de octubre de 1966, el mismo líder expone ante la Conferencia del Partido los puntos de vista de Pyongyang sobre la situación internacional y el movimiento internacional comunista, y el 26 de octubre de 1966 reafirma, una vez más, su solidaridad con la República de Cuba, dando a entender que la Corea del Norte no se deja arrastrar ni por Moscú ni por Pekín; fue con motivo de la visita de una delegación cubana de Partido y de Gobierno; en esta relación cabe subrayar que Kim Il Sung publica a continuación un artículo en la revista teórica *Tricontinental* atacando duramente el imperialismo yanqui en América Latina, Asia y Africa, con fecha de 12 de agosto de 1967; Kim Il Sung acude en ayuda de Mauritania el 24 de octubre de 1967 en un discurso pronunciado en la recepción ofrecida en honor al presidente de dicho país.

El año 1967 parece marcar una nueva época en la actividad político-exterior del Partido Comunista de la República Popular Democrática de Corea, incluso en el campo del desarrollo del DI, ya que el 16 de diciembre de 1967 aparece un programa político del Gobierno coreano, presentado en la primera sesión de la Cuarta Legislatura de la Asamblea Popular Suprema, en que se puntualizan el deseo y los principios revolucionarios de soberanía, independencia y autodefensa en todos los terrenos de la actividad del Estado; por ello, el 22 de junio de 1968, Kim Il Sung promete que «el pueblo coreano siempre estará firme al lado del pueblo de Tanzania en su lucha contra el imperialismo y el colonialismo, así como por un desarrollo independiente del país».

El XX aniversario de creación de la RPDC se presenta como una ocasión más para exaltar la estable posición del país en el mundo y en su lucha contra el imperialismo norteamericano; al mismo tiempo se hace referencia a la reunificación de las dos Coreas, así como a la defensa de la paz mundial, conforme al informe de 7 de septiembre de 1968 durante el acto de celebración del XX aniversario de la República.

Finalmente, y siguiendo la línea aquí trazada, el 8 de octubre de 1968 Kim Il Sung publica otro artículo en la revista *Tricontinental* núm 8, sobre la «Gran causa revo-

## RECENSIONES

lucionaria antiimperialista de los pueblos de Asia, Africa y América Latina», causa que sería invencible, precisamente por la desaparición de Che Guevara...

La presente colección de documentos constituye, en realidad, un homenaje a la personalidad de Kim Il Sung, en virtud del culto a la personalidad, del curso duro de una tendencia concreta dentro del movimiento internacional comunista. No hay por qué negarlo. Kim Il Sung es la Corea del Norte en persona, igual que lo fue Ho Chi-Minh en la República Democrática de Vietnam.

STEFAN GLEJDURA

FERNANDO MORÁN: *Revolución y tradición en Africa negra*. Alianza Editorial. Madrid, 1971, 220 pp.

Fernando Morán, destacado diplomático español, viene dedicando especial atención a los problemas sociopolíticos del Africa negra. Hace unos años dedicó, efectivamente, otro importante trabajo al tema africano—obra que tuvimos la grata ocasión de comentar<sup>1</sup>. El libro que ahora nos ofrece reafirma la mayor parte de las tesis entonces defendidas, complementa algunos puntos dudosos y, sobre todo, nos informa de manera muy diáfana sobre los últimos y sustanciosos acontecimientos del mundo africano. Tanto en las páginas de *El nuevo Reino* como en las de *Revolución y tradición en Africa negra*—versión abreviada y puesta al día de la primera obra citada—el autor insiste en el hecho singular de que justamente, sin una mínima dosis de sensibilidad espiritual, difícilmente se puede comprender todo lo que ocurre y por qué ocurre en el Africa negra. Dentro del periplo de muy escasos años, como lo son los transcurridos desde 1958 a 1963, los hombres del continente europeo principalmente han adoptado diversas maneras o actitudes de apreciar el proceso de desarrollo social, político y cultural del mundo africano. En efecto, subraya el autor, «respecto a Africa, el hombre occidental, que admitió la descolonización como un imperativo ineludible del nivel histórico, ha pasado en esta última década por dos actitudes diferentes, si no opuestas. Hacia 1958 y hasta aproximadamente 1963, el intelectual occidental y aun el hombre de Estado ve a Africa como algo sencillo, fresco, inédito; en definitiva, como algo simple. Esta visión, aparentemente tan generosa (y que se siente como éticamente correcta y encomiable), es, como iremos viendo a lo largo de este libro, una última consecuencia del europeocentrismo cultural. Africa es lo que no está aquejado de la complejidad y cansancio de la civilización europea. El reverso, pues, de la misma moneda. Hacia 1963—con los primeros golpes de Estado, alcanzado ya un conocimiento sociológico y de las realidades políticas africanas, con la crisis del optimismo de la nueva frontera norteamericana—, el intelectual que se vuelca sobre los problemas del tercer mundo empieza a descubrir no ya sus dilemas, sus deficiencias, incluso graves faltas en sus dirigentes, sino también, y sobre todo, la complejidad esencial de su planteamiento cultural y político» (p. 9).

Es obvio, desde el punto de vista doctrinal, que el Africa negra presenta, en orden a su adecuada comprensión institucional, profundas lagunas. Así, por ejemplo—como

---

<sup>1</sup> NIN DE CARDONA, JOSÉ MARÍA: «Comentario crítico sobre la obra de Fernando Morán: *El Nuevo Reino*». Editorial Tecnos, Madrid, 1967, 256 pp. (*Revista de Estudios Políticos*, núms. 159-160, p. 389).

recientemente acaba de subrayar un experto<sup>2</sup>, el paso del tribalismo tradicional al nacionalismo negro-africano moderno no carece de puntos oscuros, por los excesivos vacíos que caracterizan la historia de las sociedades africanas. Y tardío e incompleto ha sido el nacimiento de los Estados-naciones. Nada, pues, tiene de sorprendente, como acertadamente nos advierte el autor de estas páginas, que «en el umbral de la década de los sesenta los intelectuales occidentales que se ocupaban de la revolución nacionalista africana no percibían con claridad los dilemas que habrían de derivarse de su ambigüedad esencial. Los dirigentes marxistas occidentales estaban entonces en posesión de una doctrina para interpretar el mundo no europeo, que era fundamentalmente el mundo ex colonial. Por su parte, los dirigentes e intelectuales del bloque capitalista interpretaban la revolución anticolonial como una consecuencia de la línea de fuerza esencial de un sistema. Era una revolución libertadora, un planteamiento a escala mundial de la doctrina de la libertad. La derecha europea imperialista encontraba en la independencia apresurada y no preparada una consecuencia de los errores del doctrinarismo democrático. En definitiva, el gran hecho de la descolonización no necesitaba explicación que rebasase el ámbito de las doctrinas e ideologías propiamente occidentales» (p. 10).

Entiende el autor, y nos adherimos con toda sinceridad al contenido doctrinal de esta tesis, que, en realidad, el proceso de descolonización significó, en su momento, algo más que el logro—para los pueblos del Africa negra—de la anhelada independencia. Significó además la ruptura—dentro de lo posible—con todo lo europeo. «Ante nosotros tenemos al Africa actual, en la que cohabitan elementos de edades diferentes, de mundos diferentes. Tenemos—ha señalado S. Badian<sup>3</sup>—los vestigios del pasado, más las aportaciones de la colonización. Tenemos las debilidades del pasado, más las taras de la colonización. El problema planteado a los dirigentes y a los pueblos africanos de hoy es el de una elección: hay que escoger entre esta herencia global para extraer de ella lo que sea más conveniente, más útil; sólo así podrá Africa acometer rápidamente el proceso de desarrollo que la conducirá al nivel de los demás países.»

Evidentemente, sugiere Fernando Morán (p. 18), en el plano de las ideas, la reivindicación política de las independencias es acompañada y precedida de una construcción intelectual que significa un ataque a los supuestos de la hegemonía de la cultura europea, proyectada con pretensión de validez universal por potencias occidentales, cuyas sociedades se inscriben en el modelo liberal capitalista. En este sentido, y solamente en él, se puede considerar la ideología de la descolonización como un factor reivindicador.

Las funciones de la descolonización se conjugan—piensa el autor de las páginas que comentamos—en la toma de conciencia del protagonismo histórico de la propia comunidad. Esta toma de conciencia se manifiesta en unos objetivos nacionales de carácter político (independencia, africanización de la administración y del personal gobernante) y económico (ruptura del pacto colonial, reestructuración del comercio internacional, revaluación del precio de las materias primas y corrección de la tendencia de la relación real de intercambio, desarrollo) que se asientan en una función más profunda, cultural y aun antropológica.

La convulsión que ha caracterizado en los últimos años la vida oficial del Africa negra ha originado, entre otras muchas cosas, lo siguiente: que en rigor no existan

<sup>2</sup> GALCHI NOVATI, GIAMPAOLO: *La revolución del Africa negra*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1970. p. 28.

<sup>3</sup> BADIÁN, SEIDÚ: *Las vías del socialismo africano*. Ediciones de Cultura Popular, Barcelona, 1967, p. 39.

## RECENSIONES

ya intelectuales, sino, por el contrario, únicamente políticos. Todo intelectual, se afirma en los países del Africa negra, es, lo quiera o no, un político. En el plano de la praxis—nos aclara Fernando Morán (p. 24)—, el escritor se identifica con el político. Aparte la concepción de la persona dentro de la cultura tradicional africana y del valor de la palabra en las filosofías tradicionales africanas—en otro capítulo del libro profundiza el autor con mayor detenimiento en esta cuestión—, en esta tendencia del escritor a asumir funciones políticas influye el pequeño número de culturalizados y la práctica de las potencias coloniales de favorecer la formación literaria y humanística, con perjuicio de la formación de cuadros técnicos medios. Pero es posible en el planteamiento africano fundamental, como hace Sékou Touré, la identificación entre intelectual y político en base al carácter mismo de la función política principal que deben realizar estas sociedades. La colonización produjo una enajenación radical, una pérdida de las formas tradicionales, un empobrecimiento e incluso un vacío cultural. La misma protesta política es, en estas circunstancias, un acto cultural. «Los verdaderos líderes políticos de Africa no pueden ser otra cosa que los hombres comprometidos contra todas las formas y fuerzas de opresión de la cultura africana. Representan los valores culturales de sus sociedades movilizadas contra la colonización.» Obsérvese—nos indica Fernando Morán—que Sékou Touré ha operado una inversión completa de la cuestión; no se trata ya de que el intelectual, el escritor o el artista deba hacer una obra comprometida ni aun de que necesariamente tenga que hacerla—debido a las leyes que rigen en la sociedad africana la relación entre persona y comunidad—; lo que dice Touré es que una acción política en el sentido de la descolonización es siempre un acto cultural. En el planteamiento del dirigente guineano influye, sin duda, la tensión que enfrentó a su partido con los estudiantes de obediencia marxista, y traduce la consciencia de los peligros de la distancia entre *évolués* y las masas, muy aguda en los territorios de Africa occidental ex francesa, como consecuencia de la manera cómo se ejecutó la política de asimilación. Para Touré, intelectual es quien labora por la africanización.

Lógicamente, y en parte en estas páginas se pone de manifiesto, aun quedan algunos rescoldos del pasado colonial. La colonización operaba, afirma Fernando Morán (p. 28), como factor uniformador en el sentido de que sus efectos eran sentidos con tal profundidad que creaban una base común por encima de las diversidades nacionales y tribales de los colonizados. Tanto es así, que en una diversidad tan acusada como la del Africa de nuestros días, apuntando tantas fuerzas de fragmentación, el factor unitario más eficaz sigue siendo el común pasado colonial. Los intelectuales negros que en los años treinta estudian o trabajan en las metrópolis europeas sienten al máximo el efecto de la colonización. Se ven rechazados por las sociedades cuyas culturas, cuya ciencia son la única salida del retraso de sus países, que permiten la dominación de sus pueblos y que justifican su situación individual de discriminados. Insistimos, por consiguiente, en el hecho de que los africanos conservan todavía cierto resentimiento hacia todas las nuevas fórmulas culturales que el proceso colonizador les otorgó. Esta situación no pasa, desde luego, inadvertida para Fernando Morán, que, efectivamente, escribe al respecto, entre otras cosas, lo siguiente: «La razón más profunda del resentimiento del africano colonizado respecto a la cultura europea deriva, pues, de la calificación de su cultura como inexistente o, al menos, como retrasada. Los conceptos de primitivo y cultura estancada, tal y como habían sido elaborados por la etnología de comienzos de siglo, aplastaban al africano culturalizado. Su propia imagen—la del africano—estaba ante sus ojos determinada por el juego deformante de los prejuicios de los europeos respecto a ello. Los africanos, desposeídos de sus formas de vida tra-

dicionales, en evidente situación de inferioridad respecto a los europeos, terminan por aceptar la imagen elaborada por los colonos.

¿Cómo debe interpretarse la descolonización? Una vez más, en aras de una mejor comprensión del hecho indicado, es preciso evocar unas elocuentes palabras de S. Badian, a saber: «La escuela colonial enseñó al africano a renegar de su mundo, a avergonzarse de él, a despreciar a sus padres. La civilización era europea, la moral era europea, al igual que la técnica. Todo lo verdaderamente válido viene en el equipaje del colonizador...»<sup>4</sup> Sin embargo, la colonización no ha podido lograr borrar la esencia de la cultura tradicional del pueblo africano. Una cultura tanto o más importante que la que más, puesto que, como recientemente nos ha sido dado apreciar en las páginas del bellissimo libro *La negritud*, de Luis María Ansón<sup>5</sup>, «no existe una medida universal para el valor de las culturas. Medida con su propia norma—¿quién no lo sabe?—, cada cultura es superior a las demás». Tal vez exista una verdad objetiva capaz de demostrar que la cultura occidental es superior a la bantú. Pero resulta absurda esa necesidad de los blancos de afirmar que somos mejores. Las culturas occidental y negra son diferentes, y aunque la nuestra fuera mejor, la de ellos nos puede enseñar muchas cosas.

En definitiva, subraya Fernando Morán (p. 54), no cabe poner en duda el efecto enajenador de la situación colonial sobre los colonizados; pero, pasada la época de la lucha anticolonial, viene reconociéndose que el desposeimiento dista de haber sido total. Por una parte, el sector africano directa y suficientemente afectado por la acción colonial —y víctima de sus efectos traumáticos— ha sido poco extenso, permaneciendo la mayor parte de sus sociedades bajo el sistema tradicional hasta hace muy pocos años, casi hasta la época de la aparición de los nacionalismos. El contacto colonial se ha producido además a lo largo del tiempo y con intensidad varía en los distintos períodos, lo que ha permitido la aparición de formas de adaptación. En los períodos de menor intensidad de colonización ha habido incluso recuperación de las tradiciones autóctonas. No quiere decirse que la recepción de las formas de vida europeas y la vivencia de la dominación no hayan desintegrado, en las zonas de mayor contacto, la moral social tradicional, sin que se haya producido una recepción suficiente, porque es indudable que la colonización ha tenido, en el terreno de la cultura y de la dignidad, efectos desintegradores. Lo que debe tenerse en cuenta es que éstos no han sido totales.

El autor, naturalmente, destaca en otro lugar de su obra (p. 77) la gran constante de la vida africana: la profunda religiosidad del hombre africano—religiosidad perfectamente analizada en un excelente libro por Leopold Sedar Senghor<sup>6</sup>—. Tan importante es esta actitud, que, efectivamente, se admite hoy unánimemente que la mentalidad del africano tradicional, su visión del mundo, formas de vida, el carácter de la solidaridad en el grupo, etc., están impregnados de profunda religiosidad. Consecuentemente —piensa el autor de estas páginas—, la admisión de que las formas de vida africanas no son comprensibles si no es desde la religión es la consecuencia de una modificación progresiva de las ideas de los europeos respecto a las sociedades africanas. Por lo tanto, el ámbito de la política no se ha desgloboado y hecho autónomo del todo en los pueblos negros. Se ha señalado con unanimidad por los africanistas que no existe un

<sup>4</sup> BADIÁN, SEIDÚ: *Obra citada*, p. 36.

<sup>5</sup> ANSÓN, LUIS MARÍA: *La Negritud*. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1971, p. 12.

<sup>6</sup> SEDAR SENGHOR, LEOPOLD: *Libertad, Negritud y Humanismo*. Editorial Tecnos, Madrid, 1970, 449 pp



## RECENSIONES

lenguaje propiamente político y que la retórica política se tiñe con mucha frecuencia de un clima religioso. Esta realidad lingüística recubre un hecho de máxima importancia: en las sociedades tradicionales la legitimidad política no se distingue con facilidad de la legitimidad religiosa. La legitimidad de los gobernantes de la primera época de la independencia—cuyo fin vienen anunciando en estos últimos años los golpes de Estado en los países africanos—es fundamentalmente carismática, aun cuando se confirme por el proceso electoral. En otro sentido—puntualiza Fernando Morán—, las exaltaciones de tipo religioso que reviste el carisma del líder es una manifestación de un principio operante en todas las sociedades africanas de hoy: la personalización del poder. Esta personalización tiene—es innecesario decirlo—un sentido muy distinto a lo que por tendencia a la personalización del poder se entiende en las democracias industriales. Como dice Seydou Badian—oportunamente citado por el autor de este libro—: «La idea de un poder abstracto y laico no se ha instalado aún en la conciencia africana.»

Otra de las características que de la vida socio-política africana más profundamente nos llaman la atención—por lo menos, a los europeos—radica en el fuerte arraigo de los mitos en el corazón del africano. Ciertamente, la simbolización ocupa un lugar muy importante en la vida política de todos los días en África, aunque sólo fuere por el elevado índice de analfabetismo, que obliga a emplear un lenguaje de imágenes. Pero las razones son más profundas. El mismo Senghor—que racionaliza una versión del pasado africano y que elabora una doctrina—decía en su conferencia de Oxford en 1961: «La idea de la negritud, de la africanidad, se expresa a través de mitos, con lo que quiero decir a través de las imágenes arquetípicas del alma colectiva.» Estos mitos no son solamente del pasado—escribe Fernando Morán (p. 95)—, sino que se formulan como medios de salvación para el presente. La política en África en el momento de la independencia tiene un valor total, salvador. No se trata de instaurar una forma de organización política o social más eficiente o más justa. Se trata de ascender a un tiempo nuevo, pleno, cuyo advenimiento señalará el fin de todas las alienaciones.

El África negra tiende en la actualidad hacia lo que podríamos considerar como «simplismo político». Y esto justamente constituye el mayor problema que tiene planteado, puesto que la conquista o el establecimiento de una estructura política simple, sencilla y profundamente diáfana supone, entre otras muchas cosas—como muy hábilmente nos lo ha advertido el profesor Hubert Deschamps<sup>7</sup>—, un cambio de mentalidad. ¿Cómo hacer pasar a sus pueblos de la conciencia colectiva de raíces étnicas, la única que habían conocido hasta entonces, a la de una nación única en el marco de las fronteras de un Estado moderno? En África, se nos dice en el libro que suscita nuestro comentario (p. 102) no se reduce lo complejo; se afirma que la sociedad es simple. La pluralidad, se dice, no existe en África. Se proclama un excepcionalismo africano respecto a las soluciones y doctrinas políticas occidentales, puesto que la infraestructura esencial es diferente. Bajo la tensión de la revolución anticolonialista y del nacionalismo, los políticos africanos realizan una extrapolación; no se limitan ya, en efecto, a señalar un hecho, sino que lo elevan a valor. No solamente afirman la inexistencia del pluralismo social; dan otro paso adelante: la homogeneidad africana es la base del humanismo, del socialismo africano, el soporte de la unidad nacional, la prenda de la independencia, la garantía de la inexistencia de alienaciones.

Pero, pensamos, con ser muy importante todo cuanto antecede la nota más sin-

<sup>7</sup> DESCHAMPS, HUBERT: *Las instituciones políticas del África negra*. Editorial Oikos-Tau, Barcelona, 1971, p. 114.

gular de la actual situación sociopolítica africana la constituye, sin duda, el sugestivo intento de construir una sociedad en la que no exista lucha de clases. «Evidentemente—ha dicho un alto dirigente africano—, no podemos afirmar que la sociedad negroafricana sea una sociedad sin clases; pero la diferenciación en clases en Africa no implica diferenciación de intereses ni, todavía menos, oposición de intereses». Por su parte, Nyerere—escribe Fernando Morán (p. 158)—adelantará un tema que está implícito en todas las formulaciones del socialismo africano: la búsqueda de la homogeneidad, no ya la falta de homogeneidad como dato, sino que la carencia de diferencias de clase es un valor en sí. «La existencia de dos o más partidos políticos supone la existencia de una sociedad con una estructura de clases, y nuestra meta es evitar el nacimiento en nuestro país de clases sociales y económicas.»

No debemos, por tanto, sorprendernos de que en el Africa negra, por ejemplo, las instituciones políticas o los conceptos políticos que existen y se emplean cotidianamente en las estructuras constitucionales europeas tengan, como decimos, en el Africa negra una traducción radicalmente diferente. Así, a los ojos de un europeo, el concepto que de democracia impera en el país al que nos venimos refiriendo presenta —valga la metáfora— un colorido profundamente extraño. El término democracia —nos aclara el autor de estas páginas (p. 179)— tiene en Africa negra un primer sentido, diríamos que primario y totalizador. Significa más que una forma de gobierno o de organización del Estado, un proceso histórico de alcance revolucionario, que hace al pueblo dueño de su destino, y a su voluntad la voluntad legitimada de la comunidad. Tampoco debemos silenciar la empecinada tendencia africana a la institucionalización del partido político único. «Es un hecho bien conocido que una de las tendencias de la evolución africana más claras, desde la independencia a los recientes golpes militares, es la constitución de un solo partido o de un partido preponderante en cada país —o en cada región con personalidad muy fuerte—. Naturalmente, nos advierte Fernando Morán (p. 184)—, que este partido único no se adapta ni al esquema ni al sentido de los partidos únicos aparecidos en Europa. No es preciso reseñar todas las diferencias; bastará con indicar algunas que dejen en claro la diferencia de motivaciones y de supuestos. «El partido único en el Viejo Mundo es una respuesta a divisiones, desarrolladas desde hace mucho tiempo y muy enraizadas. El partido único en los nuevos países, sin embargo, expresa exactamente lo opuesto.»

El partido único africano se ha formado, en conclusión, o bien porque en el movimiento hacia la independencia se creó un frente nacional, con quien trató el Gobierno colonial, o por fusión o absorción de los grupos minoritarios. Partidos más de personalidades que de doctrina, su cohesión es pequeña. La construcción africana cuenta, como uno de sus elementos esenciales, con un partido de masas preponderante o único que moviliza al pueblo y encauza todas las tareas de la construcción nacional. El partido es —subraya Fernando Morán (p. 186)— la expresión de la homogeneidad de la sociedad africana y de su solidaridad profunda.

Llegamos, por último, al gran tema constitucional africano: el socialismo. No hay duda alguna respecto al hecho de que, hoy por hoy, la construcción del socialismo africano embarga las mentes de los líderes más prestigiosos. Es una tarea terriblemente difícil y casi, a nuestro parecer, raya en lo utópico, puesto que la implantación de este socialismo requiere previamente, si consideramos válida la tesis de S. Badian<sup>8</sup>, el liquidar las estructuras feudales y coloniales, la instauración inmediata de todas las libertades y de todas las condiciones que la democracia burguesa prometió aplicar cuando nació, la liquidación del sistema de explotación impuesto por el ré-

<sup>8</sup> BADIÁN, SEIDÚ: *Obra citada*, p. 132.

## RECENSIONES

gimen colonial, etc. Es verdad, sin embargo, que la mayoría de los nuevos africanos —nos referimos, naturalmente, a los Estados— se presentan como realizando o poniendo las bases del socialismo. En todos ellos —afirma Fernando Morán (p. 187)—, los dirigentes en el poder se niegan a admitir que sus sistemas económicos puedan considerarse como capitalistas. La razón de esta repulsa hacia el capitalismo se encuentra en que este sistema se identifica con el colonial. Existe, además, una poderosa razón que, lógicamente, es la que justifica el establecimiento del socialismo, a saber: «Como vía de desarrollo, el socialismo se impone, puesto que en Africa —asegura el autor de estas páginas— se carece de los medios para que la inversión y la capitalización puedan realizarse por medios privados. Si no es el Estado quien supera esta deficiencia esencial es dudoso que —en base al dato de la independencia nacional— pueda existir un proceso de capitalización.»

Tampoco el modelo de socialismo africano se corresponde con la idea del socialismo europeo. Justamente, cierto líder del Africa negra ha afirmado —afirmación que, por supuesto, se inserta en las páginas que comentamos (p. 192)—, «hemos decidido tomar prestados de los experimentos socialistas —tanto teóricos como prácticos— solamente ciertos elementos, valores técnicos y científicos, que hemos injertado en el tronco vivo de la *négritude*». Este injerto, subraya Fernando Morán, se realiza mediante una trasposición interesante. Según Senghor, los medios del socialismo —solidaridad, cooperación— deben convertirse en valores. Se trata de destecnificar los instrumentos, con una intuición aguda de que en una sociedad en parte ahistórica las técnicas son valores. Desde esta perspectiva, el socialismo rebasa su limitación de ideología política. Quiere decirse que en el contexto europeo una ideología política se inscribe en un ámbito determinado: en el de la política. En una sociedad tradicional no existe propiamente diferenciación entre la política y círculos más amplios. El socialismo occidental nacía de unas causas y situaciones concretas; el africano, por el contrario, es una doctrina del hombre, «socialismo corregido como socialización». Por ello, su socialismo es un humanismo. Humanismo, puesto que se trata de una doctrina que no está condicionada por estructuras sociales concretas. Es un saber de salvación de ámbito universal.

No creemos, pues, descubrir nada nuevo si afirmamos que, en efecto, la generalidad de los líderes africanos actuales están profundamente enamorados de la concepción —acaso utópica— que del socialismo han engendrado. Piensan —y concretamente S. Badian<sup>9</sup>— que el socialismo tiene su moral, su moral internacional, y también su humanismo. Intenta liberar al hombre de la opresión de su semejante, y de la miseria, y crear alrededor de él —y esto de una manera continua— las condiciones más favorables para su vida de hombre.

El Africa negra nos ofrece todavía una sorpresa mayor, a saber: el impacto que el llamado movimiento populista está alcanzando en la actualidad. Realmente, como en las últimas páginas del libro subraya el autor (p. 198), no se trata de un sistema, sino, por el contrario, de una especie de idioma. Idioma, en efecto, porque no llega a ser un sistema: es un haz de sentimientos e ideas que expresan la exaltación —incluso la mitificación— de la comunidad y de su solidaridad inmediata, frente al distanciamiento y mecanización de las relaciones en una sociedad. Mundo moderno, porque los ideales vigentes son los de progreso, de igualdad, de, en definitiva, desintegración de los excepcionanismos.

El sugestivo trabajo de Fernando Morán, acabado ejemplo de objetividad —objetividad que, lamentablemente, no siempre acompaña a todas las empresas intelectua-

<sup>9</sup> BADIÁN, SEIDÚ: *Obra citada*, p. 160

## RECENSIONES

les que hacen referencia al tema que da título a estas páginas—, viene a confirmar lo que ya algunos prestigiosos comentaristas de política internacional han augurado hace tiempo: que el Africa negra, a pesar de todo, camina con paso firme bajo el sol y las estrellas. Por otra parte, como acertadamente ha manifestado un gran escritor contemporáneo, el Africa negra es hoy la gran reserva espiritual del mundo<sup>10</sup>.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

JULIO YCAZA TIGERINO: *Perfil político y cultural de Hispanomérica*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1971, 284 pp.

El nombre de Julio Ycaza Tigerino representa uno de los valores a la vez más sólidos y más significativos dentro del conjunto actual de las generaciones más destacadas en el pensamiento hispánico. Sólido por lo variado de su formación técnica, hecha y ampliada simultáneamente entre Hispanoamérica y España peninsular. Significativo porque sus actividades se extienden a los sectores políticos, internacionalistas, sociológicos, culturales, etc.; siendo además secretario perpetuo de la Academia Nicaragüense de la Lengua y miembro de honor del Instituto de Cultura Hispánica. Ha formado parte de la Delegación de su país en la Asamblea General de la ONU. Y es miembro del Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Ha analizado en sus libros los valores peculiares de la política hispanoamericana y los de la originalidad de Hispanoamérica. Y ha creado formas de expresión tan valiosas como las de sus explicaciones sobre la fuerza de lo telúrico en el ambiente hispanoamericano.

El libro más reciente de Julio Ycaza Tigerino sobre el perfil político y cultural de Hispanoamérica contiene un resumen, ajustado pero muy completo, de todo su ideario hispánico, así como un repertorio esquemático de las realidades sobre las cuales tiene necesariamente que basarse cualquier estudio hecho en tal sentido. La mayor utilidad de tal obra consiste en que la claridad de la exposición facilita la captación del panorama total de los problemas expuestos.

El repertorio de éstos a través de los sucesivos capítulos tiene como principales apartados el de la idea política de Hispanoamérica, el de los sistemas políticos, el de Europa e Hispanoamérica. Luego las diversas interpretaciones culturales de Hispanoamérica, los problemas de una sociología hispanoamericana, los factores étnicos de la anarquía, el tema del subdesarrollo y el del nacionalismo. Incluye dos referencias especiales a Méjico y Chile. Y al final aparece el tema apasionante de la tensión de la Hispanidad en el mundo actual.

El primer capítulo, «Idea política de Hispanoamérica», apareció inicialmente como un trabajo dentro del número monográfico dedicado a Iberoamérica por esta REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, del Instituto de Estudios Políticos (en sus números 56-57). Vuelve a insertarse en el libro, porque en cierto modo encierra una síntesis de las diversas cuestiones esenciales que se han ido desarrollando y profundizando después; y además contiene un panorama de las ideas fundamentales para comprender las realidades permanentes del presente, y las cardinales más acentuadas del futuro.

Punto esencial de partida es la necesidad fundamental de obtener un concepto unívoco de la entidad hispanoamericana y de su expresión social y política; sea como fondo de vigencia histórica o como posibilidad político-cultural proyectada hacia un

<sup>10</sup> ANSÓN, LUIS MARÍA: *Obra citada*, p. 75.

## RECENSIONES

porvenir histórico más o menos lejano o inmediato. Durante mucho tiempo Hispanoamérica se halla en estado de indefinición, aunque se reconoce un modo de ser hispanoamericano distinto del modo de ser español, y mucho más aún del modo de ser norteamericano. Ycaza Tigerino recuerda sobre esto aquella explicación de Ortega y Gasset cuando decía que el hombre hispanoamericano fue desde los primeros momentos un modo nuevo de ser español, y que los mismos conquistadores fueron ya los primeros americanos.

Hubo ya desde los primeros momentos una existencia de dualidad entre lo hispano originario y lo hispano trasplantado. Después siguió la realidad fundamental de los mestizajes que se produjeron en gran escala, haciendo que los hispanoindios pudiesen llegar a ser los elementos más representativos de la cultura y la organización continental. Así el dualismo resultaba un medio ambiente humano creado espontáneamente a la medida de las necesidades y las posibilidades. Realmente más que un dualismo ha podido y puede definirse como una ambivalencia que tiende a asegurar un equilibrio interno de valores complementarios. En lo político común de sus diversos países han existido dualismos entre la inquietud y la esperanza; entre la realidad de realizar a la vez revoluciones y estructuraciones. Sobre lo común hispanoamericano interno Julio Ycaza Tigerino subraya el hecho de que subsista una dualidad usual entre las formas políticas y las realidades sociales, entre la cultura vivida y la solamente importada e impostada para beneficio de ciertas minorías.

Este hecho destaca más al tratar del tema del subdesarrollo. Los países hispanoamericanos proporcionan el ejemplo más destacado de qué el punto de partida para un concepto del subdesarrollo es la consideración de que no puede hablarse aisladamente de desarrollo y subdesarrollo en un sentido solamente económico, sino que deben incluirse en los desarrollos político-sociales todas sus ampliaciones posibles. Para los países hispanoamericanos es evidente que las condiciones naturales difieren fundamentalmente de las condiciones naturales que en los Estados Unidos y en Europa han favorecido el predominio industrial. Al referirse a Hispanoamérica las exigencias del desarrollo no sólo deben contemplar la transformación de la sociedad agrícola en sociedad industrial, sino el desarrollo y progreso de la sociedad agrícola como tal, apoyándose la una sobre la otra.

En éste como en otros varios aspectos Hispanoamérica puede y debe conciliar sus exigencias de revolución y renovación en los aspectos de la técnica, con los fundamentos del respeto y la renovación de los valores esenciales humanos. El libro de Ycaza Tigerino muestra cómo las tradiciones del individualismo español, reforzado al otro lado del Atlántico por la fuerza telúrica del mestizaje, hacen que Hispanoamérica pueda ofrecer soluciones de salvación a Europa y al mundo entero. Porque frente a la abstracción racionalista europea el ethos hispanoamericano tiende a desarrollarse en dirección a la concreción personalista y, por tanto, a un humanismo más auténtico. En realidad la técnica es producto de una civilización, pero la técnica sola no puede producir una civilización.

En Europa y sus prolongaciones más directas, señala Ycaza Tigerino que los valores culturales ligados a lo étnico y lo telúrico tienden a desaparecer en gran parte por el exagerado antropocentrismo, que ya no pone el acento «en la unión natural del hombre con el conjunto» (o sea con el medio ambiente natural, según ocurre entre los indios americanos y algunos pueblos del Oriente mediterráneo). Así la cultura europea ha llegado, en una exageración anticristiana, a un divorcio entre el hombre y la naturaleza. Ycaza Tigerino añade que cuando el mundo, las cosas, y hasta Dios mismo, son vistos sólo a través del hombre, éste ha perdido la relación directa

con ellas. Así las posibilidades modernas de Europa se encuentran sin raíces folklóricas y en trance de desnaturalización.

Tanto en su problema político (que en cierto modo es universal, dada la unidad actual del mundo) como en su problema cultural, que es un poco de todos, Europa necesita de América, sobre todo de Hispanoamérica. Sólo Hispanoamérica puede aportar nuevos valores originales a la cultura occidental, y recuperar los valores primitivos perdidos en la crisis histórica europea.

Todo ello debe hacerse desde España y a través de España; incluso cuando España pone el acento fundamentalmente en su posición geográfica europea. El referido libro de Julio Ycaza insiste en subrayar que desde el momento en que España cumplió la misión universal del descubrimiento del mundo americano y su incorporación a la civilización, comenzó a vivir más en función americana que en función europea; y sigue siendo signo inevitable en su presente y su futuro, cuando hay 200 millones de hispanohablantes fuera de España, y su cultura es hispánica-universal. Pero como España sigue siendo parte geográfica de Europa, es a través de España como ha de entrar en Europa la corriente de unidad y supranacionalismo de Hispanoamérica.

En resumen, puede decirse que la clave de la obra del destacado autor nicaraguense consiste en su convicción optimista de que los pueblos hispánicos son los llamados a buscar y encontrar la solución política para el problema del hombre moderno y la Historia moderna. Porque sólo lo hispánico representa a la vez una realidad étnico-espiritual, y una posibilidad política, aunque esto implica problemas que le hacen vivir en una dramática tensión.

RODOLFO GIL BENUMEYA

HENRY CATTAN: *Palestina, los árabes e Israel*. Siglo Veintiuno, Editores. México, 1971, 398 pp.

Las repetidas negativas por parte de los gobernantes de Israel a acatar las sucesivas resoluciones, decisiones y advertencias del Consejo de Seguridad, han hecho que por debajo o más allá de los episodios y los factores que el paso de las actividades va señalando respecto a la evolución del problema del cercano Oriente sea lo más urgente tener en cuenta sus aspectos jurídicos y sus fundamentos legales. Este es uno de los motivos que con mayor urgencia y un propósito documental muestran y subrayan la utilidad del libro de Henry Cattan, publicado originalmente en lengua inglesa, y cuya versión española ha aparecido simultáneamente en Méjico, España y Argentina. Se trata de una cuidadosa exposición de todo el desarrollo del conflicto árabe-israelí desde sus antecedentes en tiempo del mandato británico hasta los últimos sucesos que acontecieron en 1970.

El autor, Henry Cattan, es un renombrado jurista internacional, formado en París, y muy conocido en los ambientes técnicos de los países anglosajones. Nacido en Jerusalén y de origen árabe-cristiano, Henry Cattan es célebre por su riguroso y completo empeño de objetividad. Su libro enfoca el problema palestino basándose sobre todo en las fuentes históricas y legales. Desde luego tanto la exposición como la documentación se basan en mostrar el punto de vista más puramente árabe; sobre todo desde el enfoque de los propios árabes palestinos (tanto cristianos como musulmanes), que son los más profundamente afectados. Pero Henry Cattan no trata de imponer sus propias conclusiones, sino de ayudar a que tanto los juristas como los profanos saquen sus conclusiones personales incluso para discutir las del autor.

## RECENSIONES

El completo fracaso de los esfuerzos que se han venido multiplicando durante estos últimos años, con el fin de garantizar un acuerdo en el cercano Oriente, sobre la base de la resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967, ha confirmado no sólo la deficiencia de dicha resolución, sino los defectos más profundos en el funcionamiento de la Organización de las Naciones Unidas. Henry Cattán hace notar que el principal defecto de dicha resolución era el de querer ignorar las raíces del conflicto palestino; refiriéndose sólo a remediar los episodios bélicos de junio de 1967, sin tener en cuenta la serie de errores anteriores que condujeron a aquellos episodios. Aunque el establecimiento de una paz que no repare los daños hechos al pueblo de Palestina sólo puede ser una paz ilusoria.

La exposición ordenada de los hechos, tal como la presenta Henry Cattán, se hace en cuatro grandes partes. Sucesivamente se refieren al origen del conflicto árabe-israelí; a las dos décadas de mayor tensión (entre 1948 y 1967); a la guerra de los Seis Días, en 1967, a los distintos esfuerzos hechos desde entonces en busca de una solución. Sigue un anexo en el cual se trata de la mayor participación de las grandes potencias en el conflicto; el detalle sobre las infructuosas tentativas de paz; el nuevo problema de la guerra civil en Jordania, etc.

Hay varios apéndices que presentan una doble actividad evidente tanto para la información como para la orientación. Son el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones (en 1919); los cuadros de distribución de población en Palestina; la presentación de los territorios tomados por Israel sobrepasando el plan de partición de la ONU; la resolución 252 del Consejo de Seguridad (242), del 22 de noviembre de 1967, y la sección C de la parte I de la resolución 181 (II) de la Asamblea General, 29 de noviembre de 1967. Además, un capítulo especial que trata de los fundamentos de la soberanía sobre Palestina, así como sobre el *status* legal de Israel respecto a varios de sus territorios.

Como conclusión, Henry Cattán elogia el hecho de que las grandes potencias no hayan abandonado sus esfuerzos para garantizar un acuerdo basado en las referidas resoluciones del Consejo de Seguridad, aunque un pensamiento previo requiere el estudio de otra fórmula de paz más completa para obtener la paz en el cercano Oriente. Esto es mucho más necesario en vista del empeoramiento de la situación, que podría seguir desastrosos caminos hacia una catástrofe. De todos modos, cualquier nueva fórmula tendría que abandonar la tendencia errónea de admitir que unos hechos consumados impuestos por la fuerza sean la base de una situación llamada provisional, ni muchos menos estabilizarse año tras año.

Es muy importante la parte de su libro que Henry Cattán dedica a analizar la esencia del conflicto de Palestina y su Oriente en torno. Sobre ello dice y subraya que «la verdad sobre Palestina ha sido sepultada bajo una ola de información deliberadamente engañosa, hechos falsos y propaganda insidiosa acumulada durante épocas». Luego hace referencia a los testimonios de los observadores neutrales que estudian directamente el problema de Palestina como funcionarios acreditados de las Naciones Unidas, respecto al trasteamiento de los hechos y a la dificultad de presentar el caso árabe ante la opinión pública mundial. Por ejemplo, el general Burns, que fue jefe de Estado Mayor de la Organización de Supervisión de la Tregua de las Naciones Unidas en Palestina, señaló que durante muchos años sólo se ha presentado a los norteamericanos la versión israelí de los hechos palestinos. Algo semejante dijo el general Carl von Horn, que ocupó el mismo puesto entre 1958 y 1963. Sobre todo respecto al gran número de medios de información de que el sionismo dispone a través del mundo entero, en contraste con la escasez y casi carencia de los árabes palestinos.

Respecto a la forma de los comienzos del planteamiento inicial de esa carencia de la población palestina originaria, cita Henry Cattán testimonios judíos imparciales tan valiosos como es el del profesor parisiense Maxime Rodinson. El ha señalado (hablando en contra de los gobernantes del Estado de Israel) que: «El conflicto se presenta esencialmente como la lucha de una población indígena contra la ocupación de su territorio nacional por extranjeros.»

Henry Cattán añade que «Israel es una creación ilegítima y forzada. Respecto a ello establece un parangón entre los efectos que la implantación forzosa y unilateral de Israel en calidad de Estado sionista y racista, ha producido como conflicto crónico que hasta 1970 engendró tres guerras, y el antecedente de que antes de surgir el sionismo los judíos durante siglos y siglos vivieron en paz con el mundo árabe, dentro del cual nunca sufrieron persecuciones.

En cuanto a la posible solución de las varias formas del conflicto árabe-israelí general (o sus diversas facetas tanto para lo palestín como para lo próximo-oriental) Cattán señala que debe ser estrictamente legal en el fondo y rigurosamente jurídico en las formas de aplicación. Dice que lo más urgente es determinar las obligaciones de Israel con arreglo al Derecho internacional, y a las resoluciones de la ONU en relación con los problemas que entraña el conflicto. Si dicha investigación se realizase a fondo y luego se aplicasen sinceramente sus deducciones, quedaría determinada la obligatoriedad de las resoluciones de las Naciones Unidas sobre Israel.

Según el texto del citado libro, dichas obligaciones se distribuyen en tres apartados. El primero es el de las obligaciones impuestas por las Naciones Unidas a Israel antes de su creación. El segundo, el de los compromisos de Israel con las Naciones Unidas. El tercero, el de las obligaciones de Israel referentes a evacuación de territorios, repatriación de los refugiados y restituciones de propiedades. Todo ello representa un conjunto de obligaciones precisas y definidas, tanto según el Derecho internacional como según la Carta y los reglamentos de la Organización de las Naciones Unidas.

Un anexo que ha sido escrito especialmente para la edición en español reseña los principales acontecimientos ocurridos después de la publicación de la edición inglesa. Dicho anexo se refiere a la mayor participación de las superpotencias en el conflicto, las infructuosas tentativas de paz, la intensificación de la resistencia palestina, la guerra civil en Jordania y algunas consideraciones finales. En cuanto a las posibles soluciones se señala que en abstracto podrían ser de tres clases: es decir, política, militar y otra técnicamente legal que estuviese en conformidad con el derecho y la justicia. Esta última debe satisfacer ciertos derechos árabes (sobre todo los del pueblo islámico-cristiano de los antiguos palestinos), pero no por eso tiene que ser antijudío. Los inconvenientes no proceden del judaísmo, sino solamente de la estructura racista del Estado que han establecido los gobernantes sionistas de Tel Aviv.

En último término, Henry Cattán pone su mayor deseo esperanzado en que la opinión pública mundial, mediante una mejor información de la verdad del Cercano Oriente, puede influir sobre los actos y las políticas de las potencias. Desea que la opinión pública mundial pudiese inclinar a las Naciones Unidas hacia acciones de desagravio para todos los perjudicados en Palestina y sus aledaños. Aunque dicho autor no ignora que, desgraciadamente, tales buenos deseos aún están por cumplirse.

RODOLFO GIL BENUMEYA